NI MURO, NI ROCA, NI ARENAS MOVEDIZAS EL PERRO DE GOYA, por María Fraile Yunta



No se oye nada en La Quinta (…), tan sólo el batir del aire del vuelo de *Asmodea* frente al peñasco, el canturreo del ciego que guía a la *Romería (…)* sobre la loma, el balbuceo con el que el *Gran Cabrón* hace efectivo su aquelarre… Y es que es grande el silencio: permite oír los garrotazos de ese maldito *Duelo (…)*, las risas de esas mujeres viendo masturbarse al hombre, el chapurreo de ese viejo hablándole al oído al otro… Y es que no se oye nada en La Quinta (…); tan solo el fluir de la sangre que brota de la boca de *Saturno (…)*, el aullido entrecortado

de *El perro* hundiéndose en la ciénaga…

Porque Goya padecía de sordera cuando decoró la Quinta del Sordo, pero aquello que se escucha frente a cada una de las *Pinturas Negras* con las que la decoró es aquello que se escucha cuando ya nada se oye; cuando ya nada se oye más que aquello que sólo puede oírse cuando no hay asidero al que agarrarse, cuando no es posible mantener el equilibrio, cuando se mira al cielo y ya nada se encuentra.



El Monstruo de Saura

Aullaba *El perro* junto a *Asmodea* en la planta alta y lo hacía con la esperanza de hallar algo que le salvase, que le hiciese emerger a la superficie, que le librase de morir ahogado en el cieno -esa masa informe que iba a devolverle a sus

orígenes-: “Nada más que polvo se es y al polvo se ha de volver”, decían las escrituras -quizá una de las pocas lecciones que Goya extrajera de las mismas-; nada más que un último superviviente atrapado en medio de la nada, sumido en la soledad, desfigurado por la angustia que genera tratar de hallar una salida a la situación, una explicación al desamparo, una alternativa al anonimato.

¿Y quién soy yo?, ¿quién es él?, ¿quiénes somos nosotros?, ¿quién soy yo bajo un cielo que ya no es cielo, frente a un mar que ya no es mar, ante un paisaje que ya no es paisaje?, ¿quién soy yo que de un ser diminuto que contemplaba la inmensidad he pasado a ser alguien a punto de desaparecer, de transformarme a la par que el mar en lodo y que el cielo en nada? Nada es aquello que a la vez lo es todo, y que lo es en tanto que es lo único que queda cuando nada se comprende, cuando aquello que nos rodea se vuelve ajeno hasta hacer que las formas se

vuelvan informes y el paisaje, una superficie de color, un lugar donde lo único reconocible, que era yo mismo, en breve va a desaparecer para formar parte de aquello que no comprendo, que no entiendo y que ahora también soy yo, es él, *El perro*, Goya, nosotros, y también *El monstruo* de Saura…, porque *El perro* de Goya es, será, *El Monstruo* de Saura, ese perro en el que la fisonomía ha sufrido ya la metamorfosis, el énfasis dramático se ha tornado pictórico y las arenas movedizas, pintura sola: el asidero que ha logrado hallar el perro goyesco, el lugar en el que ha conseguido sobrevivir, porque lo Sublime se ha sometido a burla, y el aullido se ha vuelto carcajada…



El perro de Goya

Y es que en La Quinta (…) no se oía nada, el pintor no oía nada, a *El perro* nadie le oía…, pero las súplicas que lanzaban esas pupilas blancas desorbitadas que son las del perro, y la las de Goya, y las de nosotros mismos, lograron hacer que el animal no sólo no terminase de hundirse, sino también, que lograse emerger tras esa masa informe en la que estaba comenzando a convertirse la pintura y, por ende, seguir existiendo en medio de un mundo cada vez más incomprensible.

"Durante muchos años he estado contemplando este mismo paisaje y el antifaz hipnótico entre las rocas (…) sin percatarme de que he estado pintándolo desde siempre. La curva de la montaña se asemeja a la curva del montículo de donde emerge la cabeza de *El perro* de Goya pero, ni muro, ni roca, ni arenas movedizas (…)", decía Saura cuando contemplaba tras una ventana de su estudio conquense el lugar en el que su *Perro (…)*, el *Monstruo*, aparecía…